

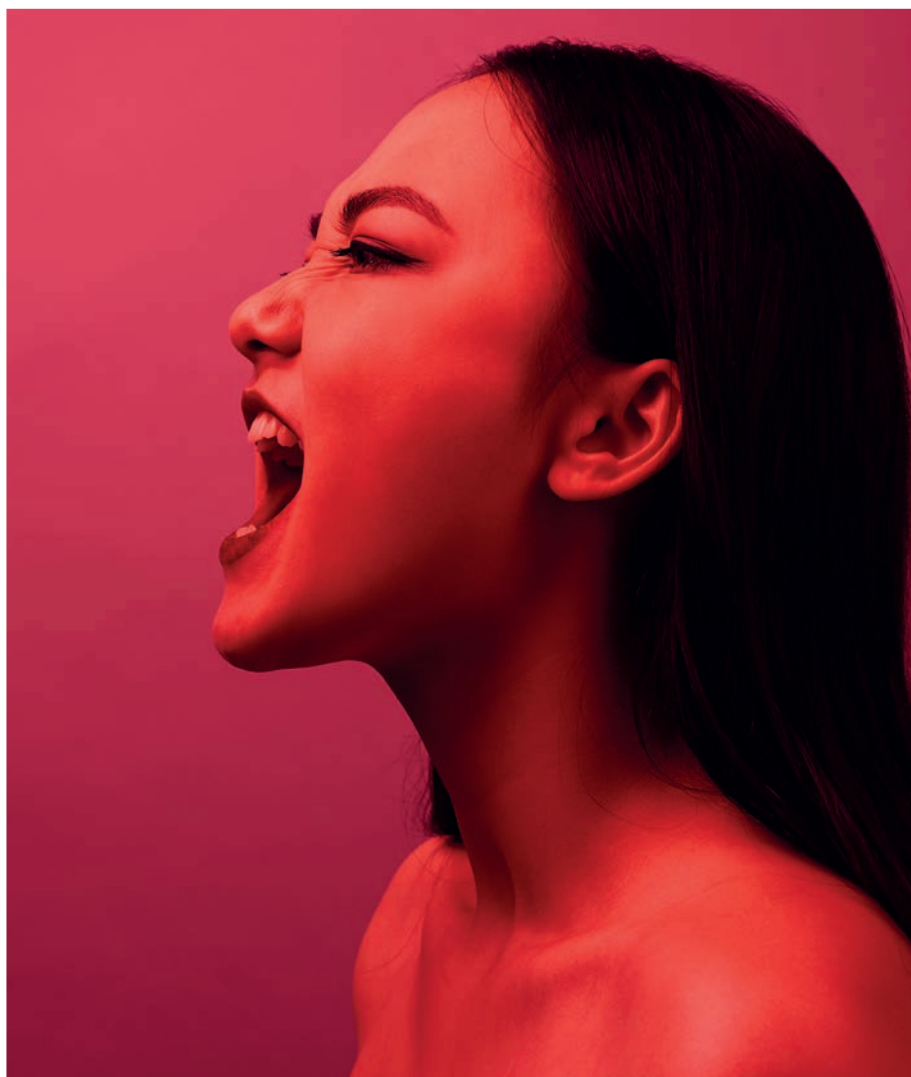


Seix Barral

Yasunari Kawabata

Dientes de león

Prólogo de Alejandra Kamiya





Seix Barral Biblioteca Formentor

Yasunari Kawabata

Dientes de león

Prólogo de Alejandra Kamiya

Traducción del japonés por
Tana Oshima

Título original: *Tanpopo*

© Herederos de Yasunari Kawabata, 1972

Todos los derechos reservados

© por la traducción, su prólogo y las notas, Tana Oshima, 2023

© por su prólogo, Alejandra Kamiya, 2023

© Grupo Editorial Planeta S.A.I.C., 2023

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2024

ISBN: 978-84-322-4344-8

Depósito legal: B. 5.233-2024

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

Había muchos dientes de león a orillas del río Ikuta. Que hubiera tantos en la ribera decía mucho del carácter del pueblo: Ikuta era así, como una primavera llena de dientes de león. De sus 35.000 habitantes, 394 eran ancianos de más de ochenta años.

Solo había una cosa fuera de lugar en Ikuta: el manicomio. Pero quizá era lo propio de un psiquiátrico desencajar así con el entorno. Quien eligió construirlo ahí, en ese pueblo tranquilo, silencioso y gastado, debió de ser un genio, aunque, bien pensado, los males del espíritu no se curan solo porque el entorno sea pacífico. El loco vive en su propio mundo, distinto al real y específico a su locura, y eso no va a cambiar por mucho que cambie de paisaje. Era poco probable que el manicomio fuera tan eficaz como esperaban los familiares que ingresaban ahí a sus locos. La locura está más determinada por el individuo de lo que lo está la cordura, y no hay un remedio único para todos.

Sin embargo, el encanto del pueblo, tan luminoso y cálido como los dientes de león, sí ayudaba a que los

familiares y allegados de los locos no sintieran que los habían abandonado y encerrado en uno de esos lugares tristes y crueles que tanto abundan. Cuando, después de haberlos dejado en el hospital en lo alto de una colina, bajaban por el camino que llevaba al pueblo bordeando el río, oían a lo lejos la campana de un templo. Era la voz de despedida de los locos que quedaron allá arriba en el hospital. Era el sonido del adiós que atravesaba el pueblo y el mar entero. Triste, pero no desquiciado. No sonaba como si fueran unos locos quienes tocaban la campana.

Así les había dicho el médico antes de que la madre de Ineko Kizaki y su novio Kuno salieran del hospital aquel día después de ingresarla:

—Cuando oiga la campana en el camino de vuelta, piense que es su hija quien la toca.

—¿Cómo? —preguntó la madre de Ineko sin entender nada.

—Las campanadas de las tres las dará hoy su hija.

—Ah...

—A los pacientes les encanta tocar la campana. Los llena de alegría. La tocan todos los días, tantas veces que no damos abasto. Aquellos que mejoran piden tocarla una última vez el día en que les damos el alta. A los que llegan nuevos les invitamos a que la toquen el primer día, si su enfermedad lo permite. Van acompañados de una enfermera, claro está, y en general es raro que estén tan graves como para verse físicamente incapacitados. En el caso de su hija, los síntomas son leves.

—Sí.

—También pensamos que quizá el hecho de tocar la campana pueda tener algún efecto terapéutico. Es algo que no podemos demostrar, porque a diferencia de los médicos de cabecera o los internistas, nosotros nos encontramos con pacientes que mejoran y después empeoran súbitamente sin que podamos saber por qué. Pero algunos de nuestros especialistas jóvenes creen poder identificar el estado de los pacientes según su forma de tocar la campana.

—Ah...

—Lo que sí sabemos con certeza es que los pacientes expresan algo a través de las campanadas, como si estas fueran su voz. Quizá sea un eco que viene de las profundidades de su corazón.

—Mmm... —Kuno asintió y miró al médico sin demasiada convicción.

—Los pacientes ingresados aquí están aislados del mundo exterior. Pero las campanadas que dan traspasan las paredes del hospital y llegan hasta el pueblo de Ikuta. Sean ellos conscientes o no, lo cierto es que se comunican con el pueblo a través del sonido de la campana. Dicho de otra manera, transmiten así su existencia.

—Qué triste —dijo la madre de Ineko.

—¿Triste? No, no tiene por qué serlo —respondió el médico—. Los habitantes de Ikuta no saben quién toca la campana, ni creo que se lo pregunten. Para ellos, las campanadas simplemente dan la hora, y como es algo que ocurre todos los días, seguramente hayan incluso olvidado que quienes la tocan están mal de la cabeza. Nadie se detiene a escuchar las fluctuaciones en las campanadas o cómo a través de ellas los pacientes intentan expresar

lo que guardan en sus corazones. Al fin y al cabo, es solo un sonido que marca el tiempo. Eso sí, todo el mundo sabe que aquellas son las campanadas del Hospital Ikuta; forman parte del pueblo.

—...

—Antes, en el templo, daban las campanadas dos veces al día, a las seis de la mañana y a las seis de la tarde. Como los pacientes disfrutaban tanto tocando la campana, le pedimos al ayuntamiento permiso para tocarla cinco veces al día: a las seis y a las diez de la mañana, a las tres y a las seis de la tarde, y por último a las nueve de la noche. No creo que haya muchos pueblos en los que se dé la hora cinco veces al día. Hubo gente que se opuso a las de las nueve de la noche, pero comprendieron que no es más que una reverberación sosegada y pacífica que ayuda a los pacientes a dormir, de modo que nos lo perdonaron.

La madre y el novio de Ineko otearon el pueblo desde la entrada del hospital.

—¡Qué pueblo más tranquilo y agradable! Seguro que de un lugar así no surge nadie con esa enfermedad tan rara como es la ceguera de cuerpo —dijo la madre.

—Ciertamente, su hija tiene una enfermedad muy atípica —respondió el médico—. Es la primera vez que recibimos a una paciente con ceguera de cuerpo en este hospital.

El Hospital Ikuta estaba en el recinto del templo Jōkōji, un templo modesto y bastante envejecido que si permitió que construyeran un sanatorio en su terreno debió de ser por pura desesperación. Ahora parecía más

bien que el templo formaba parte del hospital y no al revés. Los pacientes no solo tocaban su campana; aquellos que no eran propensos a la violencia o a escapar también se paseaban por sus jardines libremente y se adentraban a su antojo en el pabellón principal para hacer manualidades o cosas por el estilo.

Por ejemplo, el anciano Nishiyama, que se comportaba como si fuera el dueño del hospital, extendía a menudo un papel sobre el tatami del pabellón principal del templo y escribía en él unas letras grandes. Como no era fácil conseguir papel de caligrafía en ese lugar, utilizaba periódicos viejos.

Casi siempre escribía los mismos ocho kanji:

仏界易入 魔界難入*

Y a continuación, los leía: «Entrar en el mundo de Buda es fácil. Entrar en el mundo de los demonios, no». A pesar de tener la vista deteriorada por las cataratas, su caligrafía estaba llena de fuerza. No había nada mundano ni presuntuoso en ella. ¿Contenía acaso algo de su locura? A simple vista, los caracteres no transmitían ni ligereza ni enajenación, pero mirados con detenimiento sí parecían expresar una cierta locura, una maldad incluso. En algún momento de su vida, el anciano Nishiyama había querido entrar en el mundo de los demonios y no pudo, y quizá fuera esa rabia lo que manaba de su caligrafía senescente. Quién sabe a qué se refería él con «el mundo

* «Entrar en el mundo de Buda es fácil. Entrar en el mundo de los demonios es difícil».

de los demonios»; la cuestión es que el dolor de no poder entrar en él en un determinado momento de su vida debió de ser tan grande que lo hundió en la locura. El anciano Nishiyama no pensaba que el manicomio fuera el mundo de los demonios, pero tampoco lo consideraba un refugio o un retiro para quienes, como él, no habían logrado adentrarse en él.

El anciano Nishiyama era uno de los pacientes más tranquilos del Hospital Ikuta. Con sus mejillas hundidas, unos pocos dientes en la boca y un puñado de canas flojas colgando de su coronilla, no parecía tener la energía necesaria para coquetear con los demonios. Solo su escritura guardaba un vestigio de ese impulso. A veces el viejo experimentaba una especie de sacudidas epilépticas mientras escribía, pero esa no era la razón por la que no estaba en una residencia para la tercera edad.

Su mayor alegría del día era escuchar la previsión meteorológica en la radio justo antes de las noticias de las siete de la tarde.

«Se registrará algo de viento oleado en el mar y visibilidad baja debido a la niebla.» Pronósticos como este le traían sin cuidado. Lo que le llenaba de gozo era oír a la joven locutora con su voz impregnada de dulzura, ciertamente amable. Era como si una muchacha cariñosa, ajena al manicomio, le estuviera hablando exclusivamente a él. ¡Cuánto afecto contenía esa voz, y con cuánta ternura consolaba al anciano! Un bello eco de la juventud. Él no sabía cómo se llamaba ella ni qué aspecto tenía, ni si continuaría anunciando con su voz hermosa el pronóstico del tiempo aun después de que él hubiera muerto. La única certeza que tenía era que esa muchacha

le hablaba todos los días con voz amorosa a ese viejo en ruinas que era él.

El resto de los locos parecía evitar al anciano Nishiyama, y eran pocos los que querían dirigirle la palabra. ¡Qué contento se pondría, sin embargo, si Ineko Kizaki se acercara a él! También ella tenía una voz hermosa. Aunque era posible que algo raro ocurriera si los dos se encontraran. Ineko, con su ceguera de cuerpo, sería incapaz de ver al anciano Nishiyama, y lo único que captarían sus ojos sería el movimiento del pincel y las ocho palabras escritas sobre el papel. Sería perfectamente posible que tal cosa sucediera. Al darse cuenta de ello, el anciano no dudaría en creer que por fin había entrado en el mundo de los demonios y se pondría a danzar de alegría. Pero era dudoso que sus demonios consistieran en algo tan amable, a no ser que su percepción de lo demoníaco también hubiera envejecido en paralelo a su espíritu. Sí, quizá ahora sería una muchacha joven como Ineko quien lo llevara de la mano hasta un mundo maléfico distinto a aquel otro de antaño por el que enloqueció.

El templo Jōkōji estaba situado sobre una colina al norte del pueblo de Ikuta. Era una colina pequeña por cuyas laderas serpenteaba el río. También el río era pequeño: se podía cruzar andando incluso en su desembocadura al mar. El agua no llegaba más que a la mitad de la pantorrilla, y en total no debía de haber más de diez pasos de ancho. Las orillas eran dos senderos, demasiado estrechos como para que pudieran circular los automóviles.

La madre y el novio de Ineko descendieron la colina del templo Jōkōji y caminaron por el sendero al borde del

río en dirección al mar, hacia donde estaba la estación de tren.

—Señor Kuno, ¿qué árbol cree que era ese tan grande que había en la entrada del hospital? ¿Un roble o un kunugui?* —preguntó la madre.

—Mmm, no sé, la verdad es que no me fijé.

—Como tenía las hojas caídas, me costó identificarlo.

—Claro.

—Era muy grande para ser un árbol cualquiera. ¿Entonces no se dio usted cuenta de que el árbol estaba derramando lágrimas?

—¿El árbol estaba derramando lágrimas?

—Yo pienso que eran lágrimas. El tronco estaba lleno de heridas. Me imagino que los locos no tienen permitido utilizar objetos cortantes, así que no sé cómo habrán hecho esas marcas, pero está claro que las hicieron ellos. La corteza agrietada del árbol estaba gruesa y dura como el caparazón de una tortuga a la que le crece el musgo con los años. Sin duda, se necesita una fuerza considerable para poder atravesarla. No me fijé con detenimiento, pero me pareció que ahí estaban tallados los nombres de los locos. Señor Kuno, ¿por qué cree que los locos tallan sus nombres en un árbol del hospital?

—¿Por qué será? Porque están en el hospital. O porque da la casualidad de que hay un árbol ahí —respondió Kuno, y acto seguido se quedó pensativo—. No le he dado una respuesta muy convincente, ¿verdad? Quizá sea una

* *Quercus acutissima*, especie de roble autóctono del este de Asia.

forma que tenemos las personas de decir que alguna vez existimos, que estuvimos ahí, sea en un manicomio o en cualquier otro lugar.

—Ineko no podrá jamás borrar de su pasado el hecho de que estuvo en el Hospital Ikuta en un momento de su vida. Aunque nunca llegue a tallar su nombre en el tronco de un árbol.

—Usted pensó que el árbol lloraba por los locos, ¿no es así?

—No. —La madre negó con la cabeza—. El árbol lloraba por las heridas que le infligieron los locos. Supongo que es lo que llaman savia, eso que sacan los árboles cuando se les hace un corte profundo que llega hasta su carne... Ese líquido salía por las heridas y se endurecía como las gotas de cera de una vela. A mí me pareció que eran las lágrimas del árbol. No estaba llorando por los locos, sino a causa de ellos.

Era febrero y en Ikuta los dientes de león llevaban floreciendo al sol desde finales de año. El pueblo era en sí mismo un rayo de sol. La hierba a orillas del río no tenía aún el color de la primavera, pero una pequeñísima flor de nombre incierto, de un azul violáceo, florecía ya discretamente anunciando la nueva estación. Kuno contemplaba el agua en el río.

—¡Ah! —exclamó de pronto—. ¡Un ratón blanco! Mire ahí, es un ratón blanco.

—¿Un ratón blanco? —La madre miró hacia donde apuntaba el dedo de Kuno, pero no vio nada moviéndose.

—¿No lo ve?

—No lo veo.

Los dos estaban quietos, de pie.

—¿Un ratón blanco, dice usted, señor Kuno? —preguntó la madre—. ¿No es eso muy raro? No creo que haya ningún ratón blanco por aquí.

—Estoy seguro de que era un ratón blanco. Lo vi escurrirse por entre la hierba.

—No es posible que haya un ratón blanco en este entorno tan silvestre. ¿Qué puede ser? No creo que sea un ratón, pero puede que sea un animal blanco de tamaño similar que habite estos lugares.

—¿Qué será?

—No será nada. No hay tal animal en un lugar como este.

—Ahora que lo dice, creo que tiene usted razón. —Kuno parpadeó y examinó el otro lado de la orilla—. Qué raro, no sé qué habrá sido. ¿Estaré yo también mal de la cabeza?

—No, nada de eso —dijo la madre de Ineko—. Uno no se vuelve loco solo por haber pasado un rato en el manicomio.

—¿Haber pasado un rato, dice? Hemos ido a llevar a Ineko. ¿No ve que la acabamos de dejar ahí? —Kuno observó a la madre—. Disculpe. Usted es la madre de Ineko, cómo no va a saberlo.

—...

—Ahora entiendo —dijo Kuno alzando la mano izquierda—. El árbol que derramaba lágrimas, el árbol al que los locos hacían llorar... ese árbol es Ineko, ¿verdad?

—¿Qué? No, nunca he pensado que Ineko fuera el árbol. Simplemente vi que había un árbol con la corteza llena de cortes.

—Pero yo no vi ese árbol tan grande que había en el hospital. En cambio, he visto un ratón blanco en la orilla de enfrente. Como usted no lo ha visto, piensa que no existe. Para mí, es como si ese roble o kunugui o lo que fuera ese árbol grande no existiera tampoco.

—No estoy de acuerdo. Un árbol no se mueve como un ratón, no puede aparecer y desaparecer. Estará siempre ahí, en la entrada del hospital, a no ser que lo talen o se seque, claro está. O que los locos lo corten violentamente y lo tumben...

—¿Una rebelión de los locos?

—... No es posible.

—Los locos tienen un sentido de la individualidad más marcado que los cuerdos. Pero un momento: si uno de ellos se hiciera con una sierra y empezara a cortar el tronco, sin duda no tardaría en alborotar al resto. Se pelearían por conseguir la sierra. Aquello acabaría en una masacre sangrienta.

—Pero el árbol ya está llorando. —La madre de Ineko parpadeó con tristeza—. Si lo talan, los locos ya no podrán tallar en él una señal de su existencia.

—Tampoco es necesario que lo hagan.

—Ese árbol debe de llevar ahí en el mismo lugar desde décadas, quizá incluso siglos, antes de que se construyera el Hospital Ikuta. Usted podrá verlo en la entrada la próxima vez que vaya a visitar a Ineko.

—Por supuesto. Haré algo más que verlo: ahora que sé tanto de ese árbol, lo buscaré para observarlo detenidamente. Incluso trataré de leer los nombres que los locos han tallado en el tronco. Y me fijaré en las lágrimas.

—Ya lo creo. Aunque estoy segura de que ya no volverá a ver al ratón blanco cuando suba o baje por este camino.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Lo dice porque se supone que no hay ratones blancos por aquí?

—No es por eso. Es cierto que no los hay, pero aunque los hubiera...

—¿Entonces quiere decir que simplemente no volvería a encontrarme con uno?

—...

Desde el lado del mar aparecieron tres colegialas que subían el sendero en sus bicicletas a la vuelta del colegio. Había espacio de sobra para que ellas pudieran pasar, pero Kuno y la madre de Ineko se apartaron hacia un lado del camino y se detuvieron para cederles el paso. Las tres muchachas les dirigieron una ligera reverencia a los dos y pasaron de largo. En contraste con la calidez del pueblo, sus mejillas rojas llevaban sobre ellas el mar de invierno. Las niñas continuaron pedaleando sus bicicletas por la ribera hacia la colina del Hospital Ikuta. A este lado de la ladera había un pequeño bosque de bambú. Un fino hilo de humo se elevaba desde el interior. Entre la espesa arboleda no se veía ninguna casa que pudiera dar indicios de que alguien estaba quemando hojarasca. El edificio del Hospital Ikuta también estaba oculto entre los árboles de la colina.

—Madre —dijo Kuno—. Me han entrado ganas de volver al hospital y ver el árbol. No podré quitármelo de la cabeza si me marchó ahora sin más. Me inquieta ob-

sesionarme con algo que nunca he visto. Creo que si voy corriendo ahora llegaré a tiempo para el tren.

—No se preocupe, ese árbol seguirá ahí la próxima vez que venga —dijo la madre de Ineko—. Estará ahí siempre, eternamente, también después de que le den el alta.

—Si usted y el hospital me lo permiten, me gustaría casarme con Ineko, aunque sea en ese lugar. Quiero decir, me gustaría poder cuidarla y estar junto a ella.

—Ni se le ocurra, señor Kuno.

—Por no oponerme a usted me dejé convencer de que lo mejor para ella era ingresarla en un manicomio. Puedo entender que haya querido posponer la boda, aunque me parezca una medida excesiva por su parte. Pero no puedo entender que la haya podido separar así de usted, que la haya soltado en un manicomio y la haya dejado sola. Los manicomios son el fondo de un pantano sobre el que se deposita y hierve el veneno que expulsan los corazones de las personas. Todo ese veneno terminará por erosionarla. ¿Y si los locos se alteran y dañan a la preciosa Ineko?

—¿Qué está usted diciendo? —dijo la madre, cortante—. En el hospital hay orden y hay rejas.

—Es usted quien dijo que el árbol lloraba por las heridas que le causaban los locos, e insinuó que quizá se pondrían violentos y cortarían el tronco entero. —Kuno miró a la madre a los ojos—. Con el árbol se refería, en efecto, a Ineko, ¿verdad? Por eso le pareció que el árbol estaba derramando lágrimas.

—Las lágrimas del árbol son las lágrimas del árbol. Ineko no lloró ni una pizca.

—Ella dijo que quería recobrar pronto la salud y volver a casa. Sus lágrimas caían desde el fondo de sus ojos hacia las profundidades de su corazón. —Kuno volvió a darse la vuelta—. Puedo ver la colina sobre la que está el hospital, pero no puedo ver a Ineko. ¿Realmente está ella allí, entre la arboleda, en medio de todos esos locos? Necesito regresar al hospital para comprobarlo.

—...

—Tantas veces le he pedido a usted que me dejara casarme con ella en vez de meterla en un manicomio.

—Señor Kuno. Supongo que se acordará bien de lo que nos contó aquel médico en Tokio. La historia de una joven que mató a su hijo recién nacido durante un episodio de ceguera de cuerpo. Dejó de ver el cuello de su propio bebé y lo mató.

—Claro, era un bebé. Los bebés se mueren con solo cerrarles un poco la boca. Los pisan una vez y se mueren. Yo no soy ningún bebé —dijo Kuno—. No me voy a morir en uno de los episodios de ceguera de Ineko. Tengo suficiente fuerza como para contenerla.

—Nadie ha dicho que Ineko pueda matarlo a usted, señor Kuno. Me refiero a cuando ella tenga un bebé.

—...

—... La joven madre con ceguera de cuerpo estranguló a su bebé porque dejó de verle la cabeza. Pero ¿qué es eso de que dejó de ver la cabeza del bebé al que acababa de parir, y que a continuación lo ahorcó porque no lo veía? Me entraron escalofríos cuando oí la historia.

—Yo estaba con usted escuchando lo que nos contaba el médico y lo que pensé en ese momento es que quizá a esa mujer le faltó ayuda por parte de su entorno.

Tendría que haber tenido a alguien que no le quitara el ojo de encima durante el episodio.

—Al parecer era la primera vez que se manifestaba su ceguera de cuerpo. No había forma de haberlo prevenido.

La mujer fue trasladada de la clínica ginecológica al manicomio una semana después de matar al bebé. Un psiquiatra de Tokio les había contado esta historia. Cuando Kuno le preguntó por qué la mujer había dejado de ver únicamente la cabeza de su hijo, el médico no supo darle una respuesta clara, como era lógico. Tampoco supo aclarar sus dudas cuando Kuno le volvió a preguntar:

—¿No será que ocurren estas cosas como resultado de un amor excesivo, extremo? ¿O, más terrible aún, como fruto de un odio excesivo y extremo? —El médico se limitó a decir que en la locura no intervenían únicamente esos dos sentimientos, el amor y el odio—. Pongamos que a la madre le parece tan bonito su bebé que se queda mirándolo largo rato hasta que se le nubla la vista. ¿No podría tratarse de algo así?

—Sí, eso podría ocurrir, pero entraría dentro de lo normal.

Aunque la mujer hubiera dejado de ver la cabeza del bebé de forma repentina y hubiera intentado agarrarlo en un arrebato de pánico, si hubiera sido normal, lo habría soltado antes de causarle la muerte.

—¿Eso quiere decir que estuvo unos cuantos minutos estrechándole el cuello? —preguntó Kuno—. ¿Estuvo todo ese tiempo sin poder verle la cabeza al bebé?

—No conocemos los detalles. Al fin y al cabo, nadie más estaba ahí —dijo el médico—. Quizá fuera obra de los demonios.